

él cuando volvió á llevarle sus provisiones. Desde esta fecha continuaron yéndola á visitar cada tres meses, lo que duró seis años. Al cabo de este tiempo el marinero y su mujer habiendo vuelto, la hallaron muerta. Estaba tendida sobre la tierra, teniendo los ojos y la boca cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho, con un aspecto tan modesto que creyeron que dormía; pero habiendo reconocido que estaba muerta, llevaron su cuerpo á Cesárea, y avisaron al obispo, quien, sobre la relación que le hicieron de cuanto había sucedido, le hizo funerales muy honrosos y la sepultó en un lugar distinguido. Sus actas dicen que de día hacía doce oraciones y veinticuatro de noche, y que en dos días no comía más que una libra de pan. Metafraste la llama *Fotina*. La historia de san Martiniano fué escrita por un autor contemporáneo, quien lo había conocido. Metafraste, que la reprodujo, añadió algo; pero nosotros hemos recortado lo que presumimos que añadió de lo suyo, como poco seguro.

Añadimos aquí en pocas palabras la historia de un solitario, llamado Jaime, quien murió cerca de un siglo después de san Martiniano, cuya caída y penitencia, nos enseñan á desconfiar siempre de nosotros mismos, por más progresos que hayamos hecho en la virtud; y á no desesperar del perdón, aún cuando fuésemos reos de los crímenes más nefandos. Jaime al principio se retiró á una gruta poco apartada del monte Carmelo, y pasó después á otra próxima á la ribera del Lisón. Allí su nombre se hizo célebre, porque había llegado á una grande perfección y Dios le había honrado con el dón de milagros. Convirtió á muchos Samaritanos, y acudían á él de los monasterios vecinos para recibir buenos consejos lo mismo que su bendición.

Perseveró cincuenta años en esta vida tan santa y edificante; pero al mismo tiempo que como bizarro atleta de Jesucristo corría con santo ardor en la carrera de la peni-

tencia, tuvo la desgracia de cometer una falta deplorable; porque después de haber triunfado del demonio en una ocasión tan peligrosa, en otra fué vencido por él, manchándose con un crimen y cometiendo un asesinato para ocultarlo. El demonio, quien lo había cegado para precipitarlo en este abismo, después que hubo pecado le abrió los ojos para hacerle caer en la desesperación. Pensó, pues, en abandonar su estado y volver al siglo; pero un caritativo anacoreta que fué á visitarlo, lo indujo á esperar en la misericordia de Dios; y fortificado por sus exhortaciones, se impuso una penitencia muy austera, por más que ya estuviese en edad avanzada, y se encerró en un sarcófago donde por espacio de diez años lloró su crimen y no cesó de tenerse en una profunda humillación delante del soberano Juez. Por este medio obtuvo el perdón que le pedía, y aun le fué vuelto el dón de milagros. En fin, concluyó felizmente su vida; y las gentes del país, de quienes fué el protector, le levantaron una iglesia sobre su tumba.

SAN EUTIMIO, SOBRELLAMADO EL GRANDE, ARCHIMANDRITA EN PALESTINA¹.

Es éste uno de los más célebres Padres de la vida monástica que la soledad dió á la Iglesia. Los Griegos añadieron al título de Grande que ellos le dieron, el de *Teóforo*, ó sea, *el que lleva á Dios consigo*; sea porque la gracia del Señor resplandeció en él por las virtudes más eminentes, sea porque su corazón ardía de celo por su gloria y estaba

¹ Cirilo, los Bolandistas, Cotelier, Tillemont.

abrasado por su amor santo; tanto, que podía decirse que Dios habitaba en su corazón de una manera más particular por la efusión de sus más preciosos dones, los cuales se exteriorizaron por sus admirables obras y por su inquebrantable firmeza en la defensa de la fé contra los herejes de su tiempo. El monje Cirilo, historiador muy exacto, de quien hablaremos en otra parte, escribió su vida. A éste seguiremos en lo que vamos á referir, y también utilizaremos las luces de los sucesores de Bolando y los monumentos de la Iglesia griega de Cotelier.

San Eutimio fué el fruto de las preces de sus padres. Su padre, llamado Pablo, era un personaje distinguido en Melitona¹, ciudad de la pequeña Armenia, por su nobleza y su virtud. Su esposa llamada Dionisia, no le cedía ni en cualidad ni en mérito; pero era estéril y deseaba mucho tener hijos. Se dirigió de acuerdo con su marido, al santo martir Polieucto para obtenerlos de Dios por su intercesión; y al efecto se fueron á la iglesia donde pasaron muchos días en oración. Mientras estaban en ella, tuvieron una visión, en la que una voz celestial les hizo oír estas palabras. « Tened buen ánimo, el Señor os ha concedido un hijo, á quien llamaréis Eutimio, porque á su nacimiento volverá el Señor la paz y la tranquilidad á las iglesias. Sus costumbres también responderán á su nombre, y lo llevará tanto más dignamente, cuanto que con sus virtudes explicará todo su significado. »

Estos piadosos personajes volvieron á su casa maravillosamente consolados por esta promesa, y resolvieron consagrar al servicio del Señor este precioso hijo que Dios les hacia esperar.

Su fé y su confianza fueron bien pronto recompensadas por los efectos. Dionisia se halló en cinta, y por fin dió á

¹ Hoy día *Meledri*.

luz este hijo de bendición casi cinco meses antes de la muerte funesta del emperador Valente. Perdió á su padre á la edad de tres años, y su madre transida de dolor fué á presentarlo, por medio de Eudoxio su tío, á Otreo, obispo de Melitena para ser educado bajo su disciplina. Dios alumbró á este prelado de una manera particular sobre los designios de perfección que tenía formados sobre él, haciéndole conocer algo de extraordinario y celestial en su espíritu y en su corazón; lo que hizo que le quisiera hacer de padre y madre, y que después de haberlo bautizado le cortase los cabellos, lo consagrara al servicio de Dios, lo elevase al grado de los lectores antes que estuviese en estado de ejercer sus funciones, y así le inscribiese en su clero. Viendo también que la piadosa Dionisia se ocupaba enteramente en los ejercicios de piedad, la hizo diaconisa de su iglesia.

Entonces habiendo sido hecho emperador Teodosio el Grande, cesó la persecución de los arriamos que Valente había favorecido, y los fieles gozaron de la paz como Dios lo había prometido á sus padres al mandarles que le llamasen Eutimio: Lo que era de ello el feliz presagio. Otreo comenzó su educación por los santos ejercicios, nutriendole, por decirlo así, en esta edad inocente con la leche de la piedad. Después á medida que su razón se desenvolvió y que se puso en condiciones de estudiar, lo puso entre las manos de Acario y de Sidonio, ambos distinguidos en su clero por su nobleza, su virtud, su prudencia y su erudición, quienes, después de grandes trabajos para la gloria de Jesucristo y el servicio de la Iglesia, fueron consecutivamente obispos de Melitena.

El joven Eutimio hizo bajo su dirección progresos superiores á su edad en el estudio de las santas letras y de otras á las cuales lo dedicaron. Hallaba todas sus delicias en la lectura de las divinas Escrituras, y grababa bien sus sen-

tencias en su espíritu, para excitarse á ponerlas en práctica. Procuraba imitar por una fervorosa emulación, los ejemplos de santidad que en ellas se relatan ; y para expresar en pocas palabras el fruto que de ellas sacaba, basta decir que continuamente meditaba la palabra de Dios en estos Libros sagrados, y sobre ella siempre regulaba sus afectos y sus acciones.

Su docilidad para con sus maestros se veía bastante bien por los frutos que sacaba de su cuidado ; pero no contento con recibir sus lecciones, también quiso convertirse en imitador de sus virtudes ; y mientras prestaba la oreja á sus instrucciones, abría los ojos sobre sus acciones para conformar á ellas las suyas : así no satisfecho con ser su discípulo, quiso instituirse su perfecta copia. Los imitaba, pues dice el monje Cirilo su historiador, en su vida sobria, en su sencillez, en su modestia, en su fervor y exactitud en los divinos oficios y en todos los deberes eclesiásticos. Nunca perdía el tiempo en discursos inútiles. Se privaba de toda suerte de estudios que no sirvieran más que para hinchar su espíritu en lugar de ser útiles á su alma. Jamás se dejaba arrastrar por vistas inconsideradas, ni por una disipación contraria á la gravedad de su estado, ni por la murmuración sobre todo en la iglesia, donde estaba siempre con un respeto tan grande que sin dificultad se comprendía que estaba penetrado de la majestad de Dios, y que su alma estaba recojida en él como si le hubiese hablado de corazón á corazón en una oración profunda.

El monje Cirilo también hace notar que combatía todos los vicios con la práctica de las virtudes opuestas. Reprimía la cólera, dice, con una dulzura y una caridad admirables ; la avidez de comer con una templanza rigurosa, los pensamientos de ambición y de gloria mundana con la moderación de su corazón ; la codicia de los bienes de la tierra, con el despojamiento voluntario ; y generalmente cada

vicio, con la práctica de cada virtud propia para destruirlo. Tanta piedad y tantos méritos determinaron á su obispo á elevarlo por los diferentes grados hasta el presbiterado, y á encargarlo en calidad de superior general de los monasterios de la ciudad y de la diócesis ; pero esto no se hizo sin violentar su humildad. El temor que tenía de que estas diferentes ocupaciones disminuyesen en él el espíritu de recogimiento, y fuesen un obstáculo para su progreso en la perfección, le hacia suspirar por una entera soledad. A ella se había sentido inclinado desde su juventud, y este atractivo cada día crecía más en él. Procuraba, en medio de sus ocupaciones, secundarlo en cuanto podía yendo con frecuencia al monasterio del santo martir Polieucto, donde hacía largas estancias. Aparte de esto, todos los años se retiraba, después de la fiesta de la Epifanía, sobre la montaña vecina, llamada *el monte de la Asuncion*, en la cual después se estableció una casa religiosa muy considerable y donde él pasaba la cuaresma en preces y en ayunos.

Pero todo esto no satisfacía enteramente su atractivo por la soledad ; y temiendo siempre que el gobierno de los monasterios de que estaba encargado dañase su alma, por fin partió secretamente y se fué á Jerusalén, siendo de edad de veintinueve años. De la visita de los santos Lugares consagrada por los santos vestigios del Salvador, pasó á la de los desiertos vecinos santificados por las de los solitarios ; y habiéndose informado por ellos mismos de su manera de vivir, se sintió inflamado interiormente por el deseo de abrazar su estado y hacer como ellos. Para mejor ejecutar este designio, se fué á dos leguas de Jerusalén, en la laura de Farán, cerca de la cual habiendo hallado una celda tal como podía desear para vivir en la quietud y silencio, estableció allí su morada. Allí, ocupándose en hacer cestas con hojas de palmera, y otras obras cuya venta le daba para su sustento y para hacer caridad á los otros, conser-

vaba su corazón en un perfecto desprendimiento de todas las cosas de la tierra en el cual no dejaba entrar más que la esperanza de los bienes de la vida futura hácia los cuales dirigía todos sus deseos.

Había en su vecindario un santo solitario, llamado Teutista, quien llevaba una vida toda parecida á la suya. Esta conformidad de sentimientos y de conducta formó entre ellos una amistad tan estrecha, que se hubiese dicho que no tenían más que una misma alma. Como sentían el mismo atractivo por la soledad, obraban de común acuerdo en sus santas prácticas, y todos los años al día siguiente de la octava de la Epifanía se iban al desierto de Cutila, donde, enteramente separados de toda conversación con los hombres, sólo se ocupaban de Dios en la oración y en la contemplación, y volvían á su primera celda de Farán el domingo de Ramos, para ofrecer á Jesucristo, en la celebración de la fiesta de su resurrección, los tesoros de fervor y de devoción que habían adquirido en su retiro.

Se puede considerar como un efecto de esta santa práctica aquello que el monje Cirilo añade aquí de nuestro Santo. Dice que cada día sobresalía más en dulzura, en sencillez y sobre todo en humildad, y que de ahí venía esta grande confianza que tenía en Dios y que siempre crecía en su alma, lo que le atraía gracias cada vez más abundantes. Esto nos hace ver que tales solitarios, aunque separados del comercio de las criaturas por su alejamiento de los lugares habitados, no pudiendo sin embargo evitar siempre sus visitas, se tomaban un tiempo del año para apartarse enteramente de ellas y entregarse con toda libertad á la contemplación de las cosas divinas por las cuales sentían tanta atracción; esto no lo hacían sin reportar de ello grandes frutos; se volvían todos renovados en el fervor y más decididos que nunca á proseguir con un celo santo en la obra de su perfección; y á esto se puede atribuir la piadosa

costumbre que después se estableció, y principalmente en los últimos siglos, de las retiradas anuales en las casas religiosas, de las cuales aún muchas personas seglares sacaban grande provecho para sostenerse en la piedad en medio del tumulto del siglo y de las disipaciones de su estado. Si los Santos, apartados habitualmente del comercio de los hombres, se tomaron algún tiempo para separarse aún más de ellos y no ocuparse más que de Dios, y creyeron deberlo hacer para tomar nuevas fuerzas en la práctica de la virtud, con cuánta más razón debemos nosotros ser fieles en hacerlo, pues que conversando más frecuentemente con las criaturas, experimentamos que nos arrastran con frecuencia á la disipación, y que tenemos una necesidad extrema de renovarnos con estas retiradas anuales tan sabiamente establecidas por los Santos! Pero volvamos al gran Eutimio. Después que hubo pasado cinco años en el desierto de Farán con el bienaventurado Teutista, habiendo ido juntos según su costumbre á un desierto más apartado, sintieron como una mano invisible que los conducía á una grande caverna situada sobre la orilla de un torrente rápido y profundo, que servía de retiro á las bestias salvajes, y donde con el tiempo muchos solitarios llevaron la vida evangélica. Reconociendo por eso que la Providencia les había destinado este lugar, moraron largo tiempo en él desconocidos, no recibiendo socorro de nadie, y nutriéndose solamente con yerbas que la tierra producía, pero Dios quien los había conducido allí para la salud de un gran número de almas que debían santificarse bajo su dirección, los hizo conocer por fin de la manera que vamos á explicar.

Esta caverna estaba á cuatro leguas de Jerusalén, por la parte de Jericó, algunos pastores habiendo conducido sus rebaños por este lado, tuvieron la curiosidad de ver lo que había dentro de esta choza y divisaron á dos solitarios.

Huyeron al momento todos espantados, no pudiendo comprender que este lugar sirviese de morada á dos hombres ; pero los Santos trataron de convencerlos gritándoles á medida que huían, de que nada debían temer, que eran hombres como ellos, y que se estaban retirados allí para hacer penitencia de sus pecados. Los pastores, repuestos de su horror, se acercaron á ellos, entraron en la caverna y quedaron en extremo sorprendidos al no encontrar allí nada de cuanto es necesario para uso de la vida, lo que les hizo fácilmente comprender que su penitencia era de las más rigurosas. De regreso á su casa no se descuidaron de contactarlo á mucha gente ; lo que atrajo hácia ellos los habitantes de los lugares vecinos, quienes en masa fueron á verlos, disponiéndolo Dios así por los designios de misericordia que había formado sobre su salud. Por su parte estos les llevaban cuanto juzgaban necesario para su sustento, y los Santos les volvían en cambio alimentos mucho más excelentes, dice el monje Cirilo, es decir, santos consejos y saludables instrucciones para la vida de su alma.

La noticia llegó hasta los habitantes de Farán, quienes habiéndose informado del lugar de su mansión, también acudieron en número como los otros, y después volvían con frecuencia, atraídos por el olor de su piedad, y siempre más contentos de oír las palabras de salud que salían de su boca.

Entre otros se nombran á Marín y Lucas, quienes no quisieron abandonarles. San Eutimio los formó en los ejercicios de la vida monástica, y después ellos mismos fueron grandes maestros en ella y habiendo sido cerca la aldea de Metopas los padres de muchos monasterios, y habiendo tenido por discípulo al gran Teodosio, esta refulgente lumbrera de la soledad, cuyas obras ascéticas, así como sus excelentes virtudes, han honrado tanto al estado monástico.

El número de aquellos que iban á ponerse bajo la dirección de san Eutimio y de san Teutista, cada día iba en aumento ; porfiaban por morar con ellos, y cada día les presentaban nuevas instancias. Esto les hizo pensar en construir una laura como la de Farán ; pero no permitiéndolo el lugar, edificaron un monasterio cerca de un torrente, y la caverna fué destinada para servir de iglesia.

San Eutimio entregó á su colega Teutista el cuidado de admitir é instruir á aquellos que se presentaban para ser recibidos, así como el gobierno del monasterio, induciéndole siempre su atractivo á la vida oculta y silenciosa ; y Teutista, quien nada sabía negarle, se encargó dócilmente, dándole cuenta de cuanto hacía y obrando más por su consejo que por sus propias luces. Eutimio, por su parte, se estaba encerrado en la caverna, donde todos los hermanos recurrían á él para sus necesidades espirituales ; y como un médico caritativo y muy experimentado, aplicaba al alma de cada uno con sus admirables consejos los remedios más propios á sus males ; lo que hacía con tanta prudencia, que podía decirse de él, aquello que dijo Dios al profeta Jeremías : *Yo os he establecido sobre este pueblo para probarlo, para sondear sus caminos y sus deseos, y para conocerle (Jer. 6-27).*

Sus instrucciones principalmente versaban sobre el renunciamiento al mundo, sobre la obediencia, la humildad, la asiduidad en el trabajo, la discreción y el ejercicio de la santa oración. « Es necesario, les decía, echar del espíritu el recuerdo del siglo y toda solicitud por las cosas de la tierra. Conviene someterse de buen corazón y en un verdadero sentimiento de humildad á la obediencia religiosa, y en todas las cosas hacer á Dios el sacrificio de la propia voluntad. También debemos meditar con frecuencia sobre las penas del infierno, para conservarnos en el temor de ser condenados á aquellos horribles suplicios. También con-